

SOBRE LA BURGUESIA Y EL FLORECIMIENTO URBANO EN LA PLENA EDAD MEDIA (SIGLOS XI-XIII)

Reyna Pastor *

Las ciudades medievales y su clase específica, la burguesía, fueron fruto del crecimiento general de los siglos XI-XIII y formaron parte integrante del sistema feudal. No constituyeron, como querían Pirenne y otros historiadores, islas de progreso, de actividad y de protagonistas sociales que quebraban la sociedad feudal al dar origen a formas económicas precapitalistas ya desde el siglo XI. Ni tampoco estaban destinadas a ir desarrollándose como formas punta que rompieran de manera «revolucionaria» las relaciones feudales, sobre todo las relaciones entre señores y campesinos. Sostener que la formación y crecimiento de las ciudades se debió a la expansión comercial es confundir el síntoma del fenómeno con las causas. El renacimiento urbano se sincroniza con la expansión comercial, pero es indudable que ambos fenómenos fueron consecuencia de un hecho previo y fundamental: la expansión agraria.

La burguesía, clase constitutiva del sistema feudal

El sistema feudal tuvo durante los siglos XI, XII y XIII su proceso de formación y de consolidación. En todos los planos, rey y señores, eclesiásticos y laicos, ejercían el poder político y militar y coaccionaban por muy distintos medios e invocando variados derechos a la clase productora agraria, los campesinos.

Ambas clases, la de poder y la productora, estaban fuertemente estratificadas y las situaciones de sus miembros podían ser muy variadas, de acuerdo con su grado de participación en el poder, en la una, y con relación al peso de las cargas económicas y a su estatus de mayor o menor dependencia (económica, «libertad personal», de movimiento, etc.), en la otra.

OF THE BURGHERS AND THE FLOWERING OF CITIES IN THE HIGH MIDDLE AGES

The paper holds that both medieval cities and their proper class, the burghers, were but the fruit of the overall growth that the 11th through to the 13th Centuries underwent and that both were integral parts of the feudal system then in force. It goes on to argue, quite otherwise to the opinions of Pirenne and other historians of his ilk, that neither could be thought of as islands of progress or activity nor as social leading lights who shattered the molds of feudal society with pre-capitalist notions from the 11th Century onwards. The paper further holds that they could never be considered as being fated to develop just those modes of front-running behaviour as would break with feudal relationships in any way to be thought «revolutionary», let alone such as appertained between lords and peasants. The paper roundly declares that to imagine that the settling and prospering of the cities was due the spread of commerce would be to take a symptom for a cause for, it is here urged, urban resurgence, thought it did go hand in hand with commercial expansion, was itself, like that expansion, but a consequence of something prior and more basic: agrarian expansion.

19

La sociedad era, sin embargo, mucho más compleja aún, dado que, durante estos siglos, tuvo lugar un importante desarrollo urbano y de la clase social urbana, compleja también ella, a la que denominaremos de manera global la burguesía.

Sin las ciudades y sin el elemento social urbano no se puede comprender el desarrollo ni el propio sistema feudal de estos siglos.

El mundo urbano tuvo una incidencia importante en el sistema feudal como parte integrante de él. Antes de hacerlo recordaremos muy brevemente dos interpretaciones hoy muy controvertidas, que tuvieron enorme vigencia —y aún la tienen en ciertos sectores de la historiografía— sobre el significado de la burguesía medieval y su ámbito, la ciudad.

El gran historiador belga Henry Pirenne, en varias obras sobre los orígenes y desarrollo de la bur-

guesía, y de las ciudades de Europa Occidental especialmente, explicaba las causas de su florecimiento, ocurrido tímidamente a fines del siglo X y plenamente desde el siglo XI en adelante. Según Pirenne se produjo por entonces un «renacimiento» del comercio occidental primeramente en manos de los puertos italianos, Venecia, Génova, Pisa y Amalfi. Esta «apertura del mar Mediterráneo» tuvo como causa la ruptura de la unidad musulmana y con ella el fin del predominio casi absoluto de la navegación de este mar y de su comercio en manos musulmanas. Esta apertura permitió la salida al mar, primero tímidamente, luego en franca disputa por las rutas comerciales, de los citados puertos. A ellos se unieron un poco más tarde Barcelona, Marsella y otros.

La explicación pireniense tiene como punto de partida un «factor externo» a Europa feudal, ese factor es la fragmentación musulmana y la pérdida del control de las rutas comerciales, de las rutas del oro africano y de la supremacía naval, comercial y militar de los califatos mediterráneos.

La teoría también sostiene que, desaparecidas casi totalmente las ciudades imperiales romanas e inexistentes otras más tardías, comienzan a florecer nuevas ciudades y a renacer con nuevo vigor otras, según se iban desarrollando rutas comerciales y centros económicos ligados al comercio y, en algunos casos, a las artesanías locales. Los primeros habitantes de esas aglomeraciones, los burgueses, fueron viejos mercaderes o buhoneros ambulantes que ante la prosperidad de los tiempos y una mayor demanda se sedentarizaron, se ubicaron en puntos estratégicos para controlar su comercio y se conectaron, por medio de «factores» (empleados a su servicio), con mercaderes de otras ciudades.

También en este aspecto la teoría pireniense afirma una «externalidad» de los primeros pobladores urbanos, de los primeros burgueses, con relación al mundo agrícola y señorial vecino a las ciudades.

Es indudable que la «apertura del Mediterráneo» estuvo íntimamente relacionada con la expansión de Europa Occidental, pero no fue éste el factor de peso decisivo como querían Pirenne y sus continuadores. Por otra parte, esa «apertura» no fue gratuita ni fácil para Occidente, tuvo que ser ganada con duras luchas tanto por mar como por tierra. En los caminos hacia el Oriente mediterráneo, cruzadas y expediciones económicas se confundieron repetidas veces. La lucha por lograr un espacio económico mediterráneo fue sin lugar a du-

das costosa y difícil. Comprende todo el período de la plena Edad Media y vuelve a ser candente en los siglos XV y XVI.

Pero el espacio mediterráneo no explica de ninguna manera todo el florecimiento comercial y urbano ni su específica población, una, porque se crearon muy poco después otros espacios marítimos, el del mar del Norte, el del Báltico y la conexión de éstos con el Mediterráneo; dos, porque también se crearon espacios económicos predominantemente urbanos «interiores» como la mayor parte de las ciudades flamencas y de Francia del Nordeste, o las importantes ciudades italianas, Florencia en muy primer término, Milán, Lucca, etc.

Es evidente que fueron varias causas conjuntas las que provocaron este «otro» aspecto del desarrollo y la expansión de los siglos plenos; sin el crecimiento de la población y de la producción agraria, sin el aumento del consumo y de las necesidades de la clase de poder (especialmente cuando ésta fue consolidando y ampliando sus bases) no hubiera habido espacio para la burguesía.

Obispos y monjes cluniacenses necesitaban construir grandes y espléndidas iglesias, catedrales, basílicas de peregrinación, palacios obispaes, etc. Y los señores laicos aprendieron pronto a hacer más confortables sus castillos, pero sobre todo a tener casas y palacios en las ciudades.

El crecimiento de estos siglos fue, por tanto, lo suficientemente importante y diversificado como para permitir (y necesitar) a las ciudades y sus burgueses como parte imprescindible del mismo.

Burgueses y ciudades fueron, pues, parte constitutiva «interna» del sistema feudal.

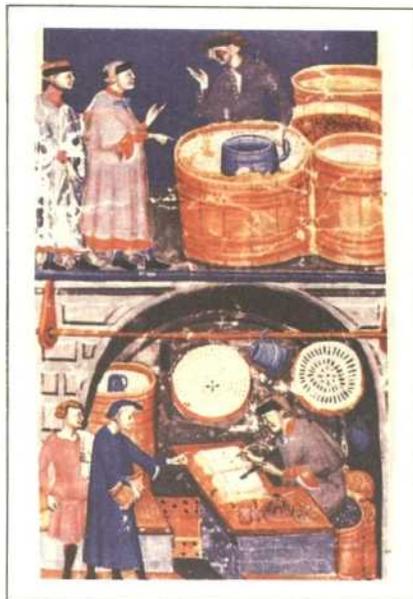
Sin embargo, no hay que olvidar que la mayor parte de la población, un 90 por 100 posiblemente, vivía en sus aldeas y villas, en el campo.

Numéricamente el fenómeno burgués es en estos siglos débil, pero no lo será en otros aspectos. La creación de su propio hábitat y el desarrollo de sus actividades propias fueron específicas. También significó una apertura continua para posibles migrantes del campo, próximos o lejanos, y un gestor de un derecho propio, adecuado a sus actividades y más «libre» con relación a los estatutos del campesinado.

Se ha interpretado la aparición y desarrollo de los intereses de las burguesías urbanas como un hecho «revolucionario». Si se parte de la tesis de que la sociedad feudal estaba constituida fundamental y exclusivamente por los señores detentadores del poder y los campesinos productores, la

nueva clase estaba destinada a «romper» ese orden social. Este sistema primero tenía además dos tendencias casi inamovibles; una es que aspiraba a satisfacer casi exclusivamente las necesidades elementales de consumo biológico, al que se agregaba el necesario y mínimo para la subsistencia en

cuanto a casa, vestidos, etc., para la clase campesina. Para la clase de poder se repetía el esquema agrandándolo: mejor comida, castillos y ropajes, a lo que se agregaban las necesidades de implementos militares, armas, caballos y hombres para servicio, vigilancia y guerra.



Vida mercantil medieval.

Pero uno y otro tipo de necesidades, aunque dimensionalmente diferentes, tenían un punto en común: el marco de una estructura económica «natural» en donde la moneda tenía poca circulación e importancia.

El mencionado desarrollo del siglo XI en adelante habría producido una inversión de esta tendencia al autoconsumo y autoabastecimiento (con poca circulación de bienes y escasa moneda). La nueva tendencia se caracterizó por una mayor monetarización de la economía con mayores intercambios y por el establecimiento periódico o fijo de ferias y mercados. Todo ello regentado y protagonizado por los burgueses.

Estos habrían sido, pues, los gestores de un gran cambio «revolucionario», de la economía predominantemente «natural» a la «monetaria» y del autoabastecimiento al mercado.

Por el protagonismo en estos cambios, a los que se suman las acciones más o menos violentas, según los casos, que los habitantes de las ciudades emprendieron en defensa de unos nuevos derechos de libertad de comercio y de producción y con vistas al control de gobierno urbano, es que algunos historiadores consideran a la burguesía medieval como una clase revolucionaria. Clase que

crea y defiende derechos nuevos y exclusivos y que está separada socialmente de los otros componentes del sistema feudal y enfrentada a ellos.

La interpretación más extrema dice que en el seno de una sociedad feudal bipolar se insertó una clase nueva, cuya acción trató de romper el sistema y produjo una sociedad distinta, la feudoburguesa, tomados ambos como elementos opuestos y con «mentalidades» diferentes, así llamada por José Luis Romero.

Todo estos razonamientos y teorías tienen su parte de verdad, pero, a nuestro juicio, no es aceptable la explicación de conjunto del sistema.

Consideramos que la expansión de Europa Occidental durante los siglos XI a XIII *grosso modo* fue un fenómeno muy plural que incluyó al de la burguesía y el desarrollo urbano como variable absolutamente necesaria en el conjunto de esa expansión. Que este crecimiento tuvo como base un cierto desarrollo de las fuerzas productivas (reordenamiento de los sistemas de cultivo, nuevas técnicas e instrumentos, mayor cantidad de mano de obra, etc.). Esta base de desarrollo agrario, protagonizada especialmente por el campesinado, permitió el crecimiento sostenido de la población y una producción capaz de mantener a los feudales y a las

burguesías urbanas. Posibilitó también la expulsión de hombres (y de mano de obra) tanto para el establecimiento de nuevas colonizaciones rurales como para las ciudades. Aumentada la oferta de alimentos, simultáneamente se aumentó el consumo, se transformó el mercado y la oferta, se monetarizó en mayor medida la economía (línea explicativa de M. Dobb, R. Hilton, R. Brenner y muchos más).

Todo esto fue realizado en el marco político feudal, vale decir en el del encuadramiento de los hombres, tanto campesinos como burgueses, en el sistema regido por reyes y nobleza eclesiástica y laica.

Los límites de este desarrollo fueron impuestos no sólo por el nivel alcanzado por las fuerzas productivas (su nivel técnico entre otros), sino por el sistema de organización social y política *feudal*, que se fue desarrollando y consolidando durante estos siglos. La burguesía fue un fenómeno más de la expansión, no fue externo a ella, ni a sus épocas de crecimiento ni a sus crisis, por el contrario, acompañó al conjunto social en sus alzas y en sus bajas, lo que da prueba de su pertenencia profunda.

La burguesía, es verdad, se enfrentó repetidas veces a los señores directos de las ciudades (obispos, señores laicos, condes, etc.), pero lo hizo en defensa de sus intereses económicos, de sus libertades de comercio, o ante las excesivas exigencias impositivas de aquéllos. No cuestionó el poder establecido de reyes y señores. Trató de esta manera, a través de negociaciones o de revueltas, de obtener su espacio propio, pero respetó la fuerza de reyes y señores y la de la Iglesia.

En algunos casos, como se ha dicho, atacaron y aun mataron a unos u otros, pero se alzaron contra personas individuales que abusaban de su poder o que no respetaban el estatus establecido.

Por tanto, consideramos que la burguesía medieval fue una clase creativa trabajadora y activa que desarrolló ideas y formas de vida particulares, que tuvo un espacio económico y uno de poder, pero no aceptamos que *revolucionó* o que conmovió los cimientos de la sociedad feudal, no lo hizo porque *era parte* de esa sociedad y parte interesada en su estructura de poder, y porque todavía era muy débil y no había acumulado la riqueza monetaria suficiente como para conseguir un espacio político fuerte y creciente.

El florecimiento urbano, significado y caracteres

Las ciudades medievales y su clase específica, la burguesía, fueron, por tanto, fruto del creci-

miento general de los siglos XI-XIII y, además, formaron parte integrante del sistema. No constituyeron, como querían Pirenne y otros historiadores, islas de progreso, de actividades y de protagonistas sociales que quebraron la sociedad feudal al dar origen a formas económicas precapitalistas ya desde el siglo XI. Ni tampoco estaban destinadas a ir desarrollándose como formas punta que rompieran de manera «revolucionaria» las relaciones feudales, sobre todo las relaciones entre señores y campesinos.

La gestación de un precapitalismo en las ciudades, el desarrollo de la «clase media» con su espíritu de riesgo y de innovación, según los autores pirenianos, habrían producido la modernización a través, sobre todo, del papel progresivo del mercado destinado a destruir los vínculos de las relaciones de base, señores/campesinos.

Sin negar la naturaleza innovadora de la ciudad medieval, no podemos considerarla más que como una expresión, importante en algunas zonas, en otras muchísimo menos, del proceso de expansión y de consolidación de toda la sociedad feudal.

Sostener que la formación y el crecimiento de las ciudades se debió a la expansión comercial es confundir el síntoma del fenómeno con las causas. El renacimiento urbano se sincroniza con la expansión comercial, pero es indudable que ambos fenómenos fueron consecuencia de un hecho previo y fundamental: la expansión agraria. Los historiadores que siguiendo la línea explicativa de Pirenne relacionan desarrollo urbano con el comercio se quedan a medio camino en la argumentación. En un mundo predominantemente agrario hay que buscar la raíz de todas las explicaciones en las transformaciones del medio agrario, como son la mayor producción de excedentes y, por tanto, la mayor acumulación de renta en manos de los señores. Excedentes productivos transformados en buena parte en renta acumulada, muchas veces monetarizada, y excedentes agrarios en parte, aunque pequeña, en manos de los campesinos, sumados a excedentes demográficos, configuran un excelente motor de arranque para la actividad mercantil, la artesanal urbana y una cierta monetarización de la economía. Pensamos que estos factores son básicos, pero hay que agregarle otros, como son el paulatino acceso de ciertos puertos de Occidente a bienes suntuarios, traídos de Oriente generalmente, y ofrecidos a precios no competitivos, por ser bienes raros y de oferta muy limitada, y por desconocerse en el mercado occidental los

precios de compra en el mercado oriental. La ganancia de los mercaderes —pronto los grandes mercaderes— fue por tanto grande e incontrolada, como lo fue su capacidad de acumulación de capital numerario.

Por este motivo, principalmente se desarrollaron puertos mediterráneos que pudieron conectarse, desde fines del siglo X, con mercados orientales, nordafricanos o de Al-Andalus, es decir, con mercados externos al mundo feudal occidental.

Las ciudades no habían desaparecido totalmente antes del despegue del siglo XI, pero en aquellas occidentales, de origen romano, que habían sobrevivido a los difíciles tiempos altomedievales concentraban funciones políticas y religiosas y algunas económicas como un mercado, en el que aparecían artículos transportados desde lejos, generalmente de mucho valor, ricas telas, joyas, armas, especias, etc., o en las que se ofrecían productos artesanales producidos por unas modestas artesanías locales y aún rurales. Sus actividades de intercambio eran muy limitadas y la función más importante de su mercado era abastecer las necesidades de lujo de la Iglesia, nobles y reyes.

Otras ciudades del Occidente mediterráneo habían mantenido una vida lánguida durante los siglos altomedievales, tales como Marsella y Barcelona. La primera, según escribe H. van Werveke, nunca dejó de ser la puerta abierta al Levante para las Galias.

Y cabe agregar que en los siglos alto medievales las verdaderas ciudades importantes eran las musulmanas, sobre todo Córdoba en Al-Andalus y la bizantina Constantinopla.

Pero desde el siglo XI, como consecuencia del ensanchamiento del propio tejido económico de la sociedad feudal, se multiplican los pequeños centros urbanos (que a veces ni merecían llamarse urbanos), ligados no sólo a los señores, sino al campo, a los campesinos.

Los casos más tempranos del nuevo desarrollo son los de Venecia y Génova. En la primera, amparada su ubicación en el Adriático, pudo desarrollarse un comercio con Constantinopla y puertos griegos, comercio de esclavos que apresaban en las costas dálmatas para vender en el Oriente mediterráneo, y traer de retorno telas adamascadas, pieles, joyas, especias, materias tintóreas, etc. Un poco más tarde Génova hacía lo mismo. Se agregaron ya en el siglo XI pleno, Pisa y Amalfi. En estos casos italianos, la nobleza territorial jugará un gran papel en el renacimiento económico urbano.

Tanto en Venecia como en Génova esa nobleza se dedicará al comercio en una medida muy importante y formará el patriciado urbano junto con mercaderes burgueses, con los que pronto trabaron relaciones parentelares.

La multiplicación y el crecimiento fueron acelerados, de manera que ya desde fines del siglo XII, como apunta J. Le Goff, «las ciudades concretas inspiran imágenes urbanas estilizadas, idealizadas. Los escudos de las ciudades... se cuentan entre los primeros testimonios de la mentalidad urbana». El escudo de Tréveris (cuya imagen se remonta a 1113) muestra ya esta definición por la muralla y la puerta. Muralla que acoge los tesoros de la ciudad, lugar de acumulación de riquezas, depósito por excelencia, puerta que, más que una abertura, más que un paso, es un «punto de conjunción de dos mundos, el exterior y el interior, la ciudad y el campo».

La teoría sobre el origen de las ciudades medievales

El historiador belga H. Pirenne sostuvo hace ya años en su libro *Las ciudades medievales* que éstas se habían formado, o crecido, a partir de antiguos núcleos romanos o de fortalezas y castillos, según los casos, como consecuencia del asentamiento de mercaderes hasta entonces ambulantes. Estos habrían rebasado su precaria situación y habrían ampliado el ámbito y volumen de sus negocios y fijado su residencia junto a los muros de viejas ciudades, castillos, monasterios, sedes episcopales, etc. En algunos casos se habría creado una aglomeración nueva en un paraje estratégicamente situado de cara a las comunicaciones y transportes, como las ciudades de la Champagne francesa, o el lugar más apropiado para atravesar un río importante, como es el caso de París y la isla de San Luis en el Sena.

Es así como nacieron los *burg* y los *portus*. La palabra *burg*, de origen germánico, originariamente significaba lugar o recinto fortificado, lugar de refugio o defensa. La nueva población se instala en las afueras de esos *burg*, son los *foriburg* o *fobur-re*, pero al crecer éstos en número y actividades se agrandan las murallas o se construye un nuevo cinturón fortificado. Así se distinguirá entre el *vetus burg*, burgo viejo donde habitan los *castellani* o castrenses, y el *novus burgus*, donde viven los burgueses. De esta manera los burgos por antonomasia acabarán siendo los nuevos burgos. Estos a su vez podrán volver a tener *fori burgos*, los que

conservarán entonces el carácter de barrios extramuros o de arrabales. Una tercera muralla podrá incorporarlos al recinto urbano propiamente dicho.

A su vez, la palabra *portus* se empleaba, desde la época romana, para designar un centro de tránsito y de depósito mercantil. Aunque en principio su significado era diferente al de *burg*, terminó siendo, en los siglos plenos medievales, equivalente a éste. Se empleará *portus* especialmente en Inglaterra y en Flandes, de tal manera que se denominará a sus habitantes *poorters* o *portmen*, como equivalente de burgués. Así será, por ejemplo, en Brujas, Gante, Ypres y Saint-Omer.

Las murallas separaban la ciudad del campo. Para algunos historiadores que siguen la línea de Pirenne afirman que separaban también dos tipos de vida, dos tipos de actividades y derechos e instituciones diferentes.

Nosotros aceptamos esa división desde un punto de vista ecológico, institucional, social y laboral, pero no lo aceptamos si se quiere presentar a la ciudad como dando la espalda al campo, como una isla. No lo es en cuanto la ciudad, obviamente, necesita abastecimientos del campo y de los intercambios del mercado local que en una parte muy amplia estaba conectado con la campiña circundante.

24 *La integración de la ciudad y el campo*

Es ésta, como dice Guy Bois, una aportación histórica fundamental del feudalismo; la de haber integrado por primera vez a una parte importante de productores a la esfera de la circulación comercial. Este fenómeno se produce lentamente y alcanza a unas regiones en mayor o menor medida y con una cronología diferente a unas que a otras.

Esa integración pudo producirse porque los habitantes de las ciudades fueron obteniendo franquicia con relación a la libertad de mercado que permitió el acceso paulatino de la población campesina al mismo. Por tanto, al crecer el volumen de la producción comercial y artesanal urbana ante la mayor demanda del campo y de la ciudad misma, crecieron los intercambios de productos rurales directos o elaborados.

Los campesinos frecuentan el mercado, intercambian, compran y venden, obtienen así bienes de consumo directo y de consumo marginal y las monedas necesarias para satisfacer algunas de las rentas señoriales y tributos reales.

De esta manera, y como ha señalado R. Hilton, se va consolidando una cierta autonomía campesi-

na, ligada inseparablemente a la pequeña explotación. El campesino puede elaborar ciertos productos, como tejidos de lino, de lana, que quedan fuera del control señorial y que no componen la renta. Es sobre todo el trabajo «interno» de las mujeres el que puede escapar mejor a ese control y concurrir al mercado. Mientras los productores de la pequeña explotación campesina vayan logrando más autonomía, más acceso al mercado urbano tendrán también acceso a la moneda y, por ende, al ahorro y a la iniciativa individual.

Por otra parte, la ciudad medieval estaba penetrada por el campo, las casas estaban circundadas por huertos y, a veces, por jardines, en su parte posterior solían tener establos y corrales con animales de tiro y domésticos, almacenaban abono, etc. Es decir, que buena parte de sus habitantes hacían una vida semirrural. A tal punto era así que hasta solían verse dentro de los muros o junto a ellos, en el exterior, filas de viña agrupadas en pagos, pertenecientes a los vecinos, lo que se mantuvo al menos hasta que el crecimiento de algunas ciudades fue tan intenso que provocó la desaparición paulatina de alguno de estos elementos rústicos.

Esta relación compleja de ciudad y campo, económica y social principalmente, queda de manifiesto en las ciudades italianas septentrionales especialmente. Estas ciudades formaron una unidad con su tierra circundante, el *contado*. De esa relación nació la fuerza del conjunto y la belleza de las ciudades, en las que parte de la acumulación de las ganancias comerciales y banqueras fue empleada en palacios, iglesias y edificios. Recordemos las maravillas de Florencia cantadas por Dante, o a la elegante distribución circular de Milán, o a la magnificencia de Venecia aun antes del Renacimiento, ciudad que pese a su peculiar estructura (islas y canales) estuvo también muy conectada con su *hinterland*.

Migraciones y crecimiento urbano

Otro factor importante, muy difícil de medir, pero que es de una importancia decisiva, es el de la apertura a la migración campesina.

Las ciudades, grandes o pequeñas, sobre todo en los siglos XI y XII contaron para crecer con esa migración campesina. Migración larvada, la mayor parte de las veces individual, pero sostenida y segura. Migraciones de corto radio o más lejanas, pues eran las más seguras cuando se trataba de huir de un señor, migraciones a muy larga distan-

cia, para fundar pueblos y burgos en el Este europeo, para afincarse en algún burgo del camino de peregrinación a Santiago de Compostela, o de Roma. Migraciones generalmente de jóvenes que tentaban suerte fuera del grupo familiar campesino que no les abría camino ni hacia la tierra ni hacia el matrimonio.

«El aire de las ciudades hace libres a los hombres», viejo dicho de aquellos siglos en los que si un hombre podía permanecer un año y un día en la ciudad sin ser cogido por su señor, adquiriría los derechos de ciudadano libre, vale decir perdía su antigua relación señorial fuera la que fuese. Esto, sin embargo, no era siempre fácil ni seguro, ya que repetidas veces narran las crónicas de estos siglos que había señores que reconocían a sus antiguos siervos y reclamaban su devolución, aunque hubiera ya pasado el año y aun muchos más.

Puede pensarse que en el siglo XIII el crecimiento vegetativo de la población urbana tenía una importancia muy considerable, aunque no debe dejar de sumarse todavía el proporcionado por la instalación de migrantes.

De todas maneras, aunque el crecimiento fue muy considerable, dados los términos poblacionales de estos siglos, a fines del siglo XIII o a principios del siglo XIV, Venecia y Milán contaban con unos 100.000 habitantes; París, la más grande ciudad del norte, con 80.000, mientras que otras ciudades septentrionales, consideradas todas de primer rango, como Brujas, Gante, Toulouse, Londres, Hamburgo o Lübeck, tenían entre 20.000 y 40.000 habitantes.

Estas ciudades «crecían» incorporando población, y desde el punto de vista del ordenamiento urbano, lo hacían incorporando barrios nuevos a su recinto amurallado.

En Colonia, por ejemplo, en el año 1106, la nueva muralla incorpora a los barrios nuevos de Niederich, Ovesbirg y de los Santos Apóstoles y poco después, en 1180, otra cintura fortificada demuestra la ampliación de la ciudad. El caso de Viena es sorprendente, entre 1100 y 1230 se contruyeron cuatro murallas sucesivas. Pisa construye una nueva muralla en 1155 y desde 1182 otro recinto amurallado, que se une con el primero, incorpora al barrio de Chinzica, situado al otro lado del Arno. Génova va incorporando y amurallando barrios nuevos que crecen a lo largo de su costa. París, por obra de Felipe Augusto, construye su nuevo muro en 1212, por el que incorpora la parte meridional hasta el Sena. Obligó para ello a los habi-

tantes rurales de ese espacio a vender las tierras, a fraccionarlas o emigrar. Los ejemplos serían tantos como el número de ciudades que tuvieron un desarrollo importante en estos siglos.

Durante el siglo XIII algunas de estas ciudades comenzaron a estar superpobladas (en términos relativos), se construyen casas con pisos altos, comienza entonces un cierto crecimiento vertical.

Las artesanías, las «artes» y las «guildas»

Ciertas artesanías no desaparecieron nunca de las ciudades y las rudimentarias del campo no lograban abastecer todas las necesidades. Había que recurrir a las de las villas y las ciudades.

Las artesanías urbanas comenzaron a tomar mayor desarrollo junto con el crecimiento de las ciudades. En éstas los artesanos se organizaron en fraternidades (que recibían distintos nombres según las razones) o en gremios.

Las primeras eran simples asociaciones que en el mejor de los casos tenían carácter de ayuda mutua para resolver situaciones problemáticas familiares, como viudedades y orfandades, desamparados ocasionados por la muerte del artesano. También tenían carácter festivo, se reunían para celebrar comidas en honor del santo protector, hacer procesiones, etc.

Las corporaciones artesanales reunían al principio a todos los que practicaban el mismo oficio: zapateros, tejedores de lana, panderos, etc., es decir, tanto a aquéllos que pertenecían a oficios cuyos productos estaban destinados al abastecimiento inmediato como a aquéllos que se dedicaban a la construcción de edificios, o de navíos, o los que tejían, o labraban el metal, etc.

En el seno de las corporaciones existían diferencias, que en un principio señalaban solamente la mayor capacidad y experiencia en el oficio, pero luego, sobre todo en el siglo XIII, las categorías de *maestros, oficiales y aprendices* fueron tomando otro carácter, por el que una mayor diferenciación social y de riqueza fue separando a los maestros de los otros dos escalones.

Si bien en muchos casos todos los componentes de las corporaciones permanecieron unificados, el dominio y las decisiones quedaron en manos de los maestros. En algunos casos, como el de las ciudades con artesanías muy desarrolladas, como Florencia o Brujas, los maestros formaron sus sociedades separadamente.

Corporaciones se llamaron en Italia de centro y norte las *artes*; en Flandes y zonas de Alemania, *craft-guilds*; en Francia, los *métiers*. En Florencia, ciudad que contaba con muchas artesanías, la mayor parte de éstas formaban en su conjunto las llamadas *artes menores*, que eran las de los carniceros, zapateros, herreros, maestros de la piedra, maestros de la madera, mercaderes de telas al detalle, tejedores de medias, vendedores de ropa blanca, ropavejeros, etc. Las *artes mayores* eran, como se verá, casi exclusivamente de mercaderes y banqueros.

Las artes y las *guildas* se dieron ya en el siglo XII estatutos que servían para ordenar su actividad y sus jerarquías. Conservamos muchos de estos estatutos de las ciudades italianas. Estas corporaciones ejercían varios controles sobre el oficio, control sobre la calidad del producto, sobre la cantidad y control de precios. También elegían a los aprendices que se incorporaban a la corporación y tomaban examen de aptitud a aquéllos que querían acceder a la categoría de oficiales o de maestros. En Florencia, por ejemplo, para lograr ser maestro de un arte había que realizar un *cappo laboro*, es decir, una obra de gran perfección y categoría. Finalmente también controlaban el número de aprendices y de oficiales que podían estar corporativados y sus salarios.

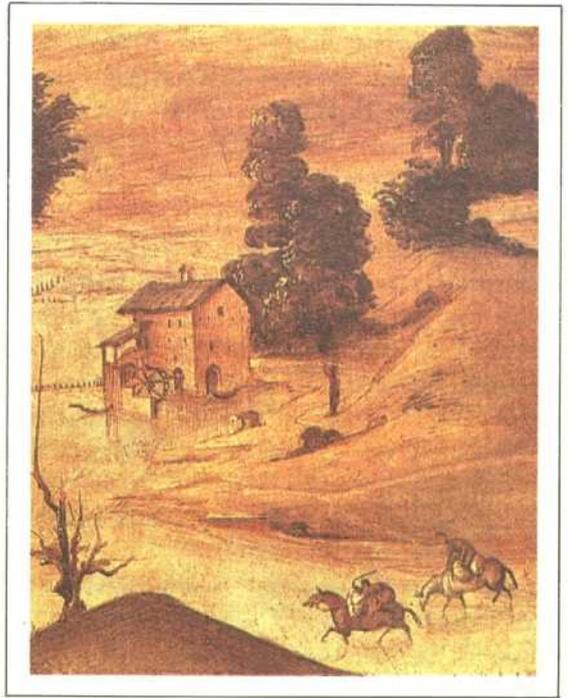
Es verdad que los gremios grandes podían ejercer un fuerte control sobre el oficio en las ciudades y que los maestros del oficio eran los que estaban al frente de esta especie de monopolio. Por eso mismo, los oficiales que vieron cerrado su acceso a la maestría comenzaron a formar sus asociaciones (*compagnonages*) en defensa de sus intereses y a provocar repetidas veces revueltas. Lógicamente ante la rigidez de las corporaciones surgió también rápidamente una capa de trabajadores urbanos que prestaban servicios en las artesanías, pero a quienes no les era permitido incorporarse a las corporaciones ni recibir sus beneficios y su protección.

Surgen así los llamados, según los lugares, los *laboratores*, *operarii*, *pactuales*, *suspositi*, etc., es decir, una plebe urbana, que tenía una condición inferior al asalariado de hoy, que no podía asociarse, ni pedir por su salario y que no podía trabajar sino bajo las órdenes de maestros de artes o de *guildas* o de *métiers*. A éstos se los llamaba en Italia de diversas maneras según las ciudades: *ciompi* en Florencia, *sensabracchi* en Bolonia, *staccione* en Lucca, *uñas azules* en las ciudades pañeras flamencas. Elementos urbanos que ya desde fines del si-

glo XIII comienzan a ser protagonistas de revueltas urbanas que serán muy importantes hacia fines del siglo siguiente.

Sin embargo, en el conjunto de la sociedad urbana los gremios artesanales formaban parte de lo que en Florencia se llamó el *popolo minuto*, es decir, las pequeñas gentes.

Por lo general, aun los maestros, y principalmente ellos, solían estar faltos de capitales y endeudados con sus proveedores de materias primas para su «arte», con los banqueros o con los mercaderes (que solían ser los mismos o estar emparentados). También podían estar endeudados con los judíos prestamistas o con la misma Iglesia que, aunque condenaba la usura, solía practicar el préstamo a interés.



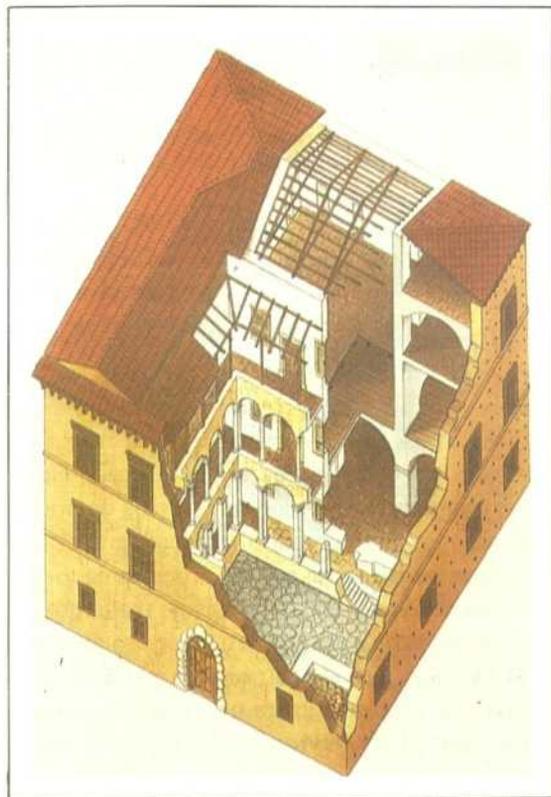
Rueda de agua, siglo XV. Detalle del «Encuentro de Cristo y María», de Filippino Lippi.

En el año 1258, Etienne Boileau, preboste de París, siguiendo las instrucciones de su rey Luis IX, ordenó que todas las corporaciones le enviaran sus reglamentos. El registro de Boileau contiene las normativas de un centenar de oficios, unas extensas, otras muy breves. Pero es interesante consignar que el número de artesanos (seguramente sólo de maestros) que se registra a fines del siglo XIII en París es de 5.844 y el número de oficios es de 448. Esta última cifra indica que estaban separados como oficios ya por entonces diferentes operaciones o pasos de proceso productivo de determinados objetos,

como los elaborados en metal o las telas sobrebordadas y recamadas de piedras preciosas, los muebles, etc.

No cabe duda que la «industria» más importante durante estos siglos es la textil, las de lana en muy primer término y las de algodón, con su variante, el fustán, junto con las de seda, lino y cáñamo en segundo lugar.

Los tejedores eran el grupo más numeroso de los artesanos. Las materias primas y los tejidos terminados constituían los dos tercios del volumen total del comercio, tanto terrestre como acuático (Pounds).



Corte axonométrica de un palacio italiano del siglo XV. (Marco Giardina, «Europa 1492»).

Los distintos procesos tanto de hilado como de tejido, teñido, abatanado y apresto requerían gran especialización y participaban en ellos distintos gremios.

El uso y la variación de los vestidos, la ropa de cama y de mesa se fue extendiendo entre la nobleza y las poderosas clases urbanas, sobre todo en los siglos XIII y XIV. Al mismo tiempo el vestido, sus colores, sus prendas, sus formas y su calidad constituían un distintivo entre las clases sociales, la nobleza, la burguesía rica, las prelaturas eclesiásticas y aun los grados de los oficios urbanos y la importancia de los mismos.

Mercaderes y banqueros, «guildas», artes y la «Hansa»

Los mercaderes formaron un grupo muy especial, creativo e innovador, protagonista principal del crecimiento y desarrollo urbanos. Estos mercaderes no constituyeron una clase de comerciantes especializados, pues se ocupaban a la vez de comprar y vender, de transportar, de negociar con el dinero, etc.

Fueron quienes establecieron contactos entre las ciudades, quienes frecuentaban las ferias interregionales cada año, fijaban los precios, llegaban a intervenir en el valor de las monedas, prestigiando unas, desprestigiando otras.

Para todas estas actividades, pero especialmente para lograr un tránsito sin riesgos de sus mercancías, es por lo que se fueron organizando en *guildas* de mercaderes con el fin de protegerse y de alquilar en conjunto animales de carga y pequeñas milicias que los defendieran.

Porque atravesar los pasos de los Alpes o los Apeninos o transitar por las llanuras alemanas no era fácil ni carente de riesgo. Más aún lo era navegar por los mares, infestados de piratas y difíciles de navegar, dados los medios técnicos de la época.

Consiguieron pronto, en el siglo XI, de los distintos poderes políticos un derecho especial de tránsito que se llamó *conductus*, y otro más general, el de la *paz del camino*. Por ésta, reyes y señores se comprometían a proteger el tránsito de hombres y mercancías. Esta paz se completó con la garantía de *paz* en el *mercado* urbano o en las villas y sobre todo en las grandes ferias.

Va surgiendo de esta manera, sin un programa trazado, un derecho de mercaderes y sus propias asociaciones.

Las corporaciones de mercaderes, como las de los artesanos, surgieron a partir de sus antecesoras inmediatas, las hermandades, las *confréries*, etcétera. Estas corporaciones defendían los intereses de cada grupo de mercaderes de cada ciudad. Sólo cuando el comercio se extendió mucho, y a causa de las distancias y las dificultades de transporte y de defensa, surgió en el Báltico y todo su *hinterland* esa supracorporación de mercaderes que reunía a las *guildas* locales que se llamó la *Hansa* germánica.

En Italia septentrional a causa de las enormes rivalidades entre las *comunas* y sus ciudades (verdaderos pequeños estados) y a causa de la divi-



*Pañería, siglo XV.
Fresco del Castillo
de Issogne.*

sión, que se sumaba a la anterior, entre ciudades güelfas (las que apoyaban al Papado) y gibelinas (las que apoyaban al Imperio) no se llegó a formar este tipo de supracorporación de mercaderes, aunque sí llegaron a unirse dos o tres ciudades con fines mercantiles.

En Florencia las corporaciones de mercaderes formaban parte del grupo privilegiado de las *artes mayores*, junto con las de algunos maestros de las grandes artesanías, los banqueros y profesionales unidos al comercio y a las técnicas mercantiles.

Así en el siglo XIII las *artes mayores* eran siete: la de los jueces y notarios, la de los mercaderes de Calimala (que manejaba el dinero del papado), la de los cambiadores (cambistas de moneda, comercio del metal y de piedras preciosas y del crédito), la de la lana (encargados del enorme tráfico de los paños), la de los mercaderes de la Puerta de Santa María (que se ocupaban del tráfico de tejidos de seda), la de los médicos y farmacéuticos y la de los peleteros (que traficaban y confeccionaban prendas de pieles muy costosas).

Si bien los componentes de las siete *artes mayores* variaron con el tiempo, decayendo unas, e incorporándose otras, el conjunto de estos *mercatores* y especialistas conectados con el gran comercio conformaban lo que se llamó el *popolo grasso*, es decir, los burgueses ricos. Estos formaron casi desde el principio una sola clase con la nobleza local residente en las ciudades: el patriciado.

Las ferias y los mercados.

Moneda y crédito.

Los nuevos medios mercantiles.

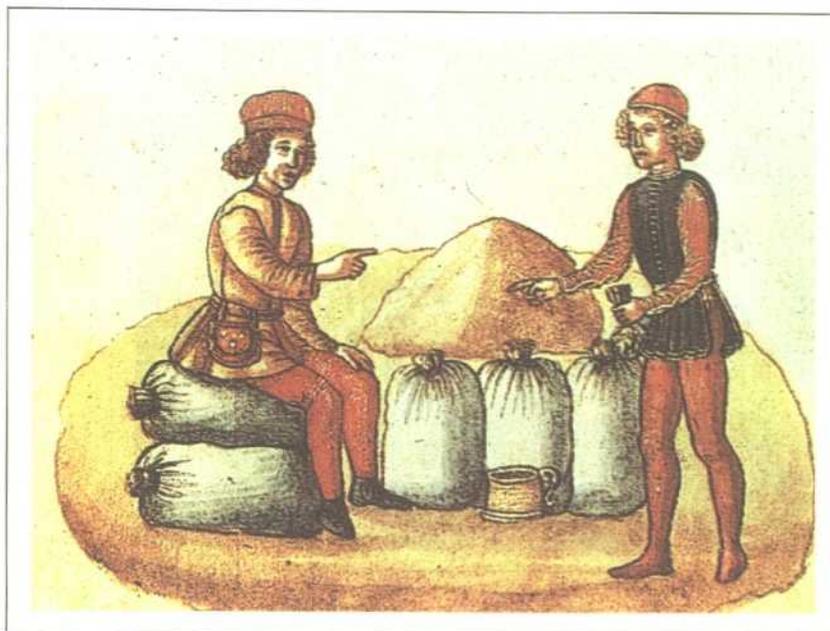
La «revolución comercial»

Las ferias, el lugar de encuentro de los mercaderes que provenían de lugares distantes. Se establecieron como lugar regular de intercambios, duraban varios días y semanas y no se realizaban más que una o dos veces al año en cada lugar.

Servían para la provisión de artículos de origen regional, que era necesario transportar a distancia, como los paños, la sal, los artículos de metal, materias tintóreas, etc., y el mismo metal precioso, la moneda de plata primero, la de oro después.

El mercado, por el contrario, se instalaba en la ciudad o la villa de manera permanente, aunque, por lo general, era semanal. Abastecía a la población local urbana y rural. Ocupaba su lugar en las plazas centrales, frente a la Iglesia o frente al Ayuntamiento. En éstas estaban instaladas tiendas permanentes, muchas veces con los obradores en la parte trasera y la casa habitación encima, en el primer piso. En la plaza misma se ubicaban tenderetes móviles los días de mercado. Mercados y ferias estaban conectados muchas veces, pues a éstos venían los mercaderes de larga distancia para comprar productos exclusivos de la región que luego llevaban a las ferias.

Mercados y ferias tenían la protección real, condal, etc. Era la llamada *paz del mercado y de la feria*, muchas veces representada por un banderín, emblema del poderoso señor, o por el guante del rey inserto en lo alto de una pica.



*Contratacion entre
mercaderes, siglo XIV.*

El ciclo de las ferias de Champagne constituye el ejemplo más notable de los siglos medievales plenos. Llegó en el siglo XIII a estar integrado por seis ferias: dos en Troyes y en Provins y una en Lagni y en Bar-sur-Aube. Cada una duraba seis semanas. Por lo general, había un intervalo de dos o tres semanas entre cada feria, de manera que cubrían casi todo el año.

La función más importante de estas ferias era la de reunir en ellas a comerciantes y cambistas de casi toda Europa, pero sobre todo a los italianos y flamencos, procedentes de las dos zonas de mayor desarrollo artesanal.

En estas ferias se intercambiaban no sólo mercaderías, sino notas de crédito, especies de pagarés, que se hacían efectivos, es decir, se monetizaban, al final de la feria. Allí actuaban los cambistas, quienes comprobaban la ley de cada moneda y establecían el valor de los cambios.

Muchas veces se labraban documentos que garantizaban el pago en numerario en el lugar de destino, de manera que no era necesario viajar con tantas monedas.

Estas ferias internacionales fueron perdiendo importancia en la Baja Edad Media por diversos motivos. Las de Champagne perdieron su utilidad a causa de la guerra de los Cien Años.

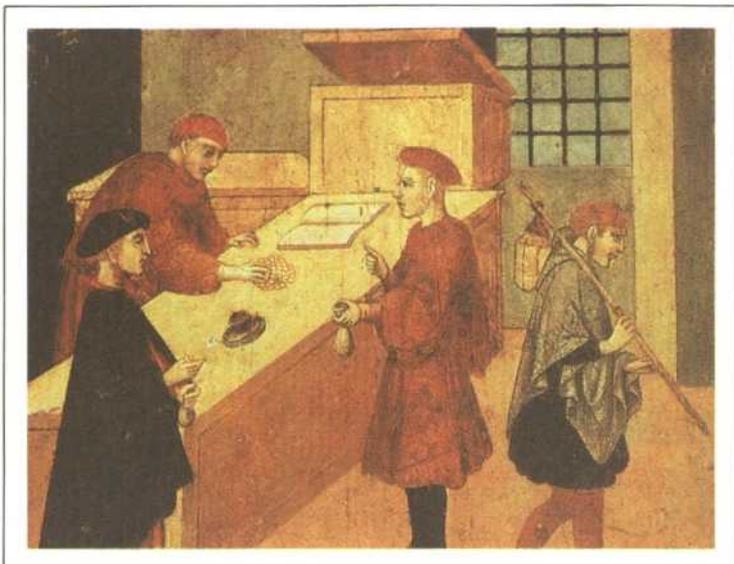
La activación del comercio creó una constante necesidad de moneda y ésta fue siempre insuficiente en cantidad, problemática en su calidad y de difícil circulación.

Durante el siglo XI y parte del XII esta situación se fue remediando, en parte, por dos causas dife-

rentes. Una, porque ante la mayor demanda de moneda se produjo un fenómeno inverso al que había tenido lugar a fines del Imperio romano, de la tesaurización del metal monetario, la plata y el oro, se pasó ahora al fenómeno contrario, tal fue el de destesaurizar, el de transformar joyas y lingotes en moneda. El otro factor consistió en la introducción de monedas extranjeras, es decir, externas a Occidente, muy apreciadas por su ley o su valor intrínseco, como el bezante del Imperio bizantino o los dinares de oro y los dirheres de plata musulmanes. Los intercambios que se realizaban en la Península Ibérica entre Al-Andalus y los reinos cristianos procuraban esas monedas, así como los contactos comerciales con el Magreb. Otra frontera permeable a la entrada de monedas de valor era el Reino de las Dos Sicilias.

La cantidad de especies monetarias de plata fue aumentando durante estos siglos, y generalmente se fue depreciando su contenido en metal fino, de tal manera que, principalmente en las ferias importantes, se hacía necesario verificar por medio del pesaje y otros métodos el valor intrínseco de cada pieza.

El problema de la gran cantidad de especies monetarias tenía su origen en el avance de la feudalización y de la jurisdicción señorial que se amplió repetidas veces, en el reino de Francia, por ejemplo, con el otorgamiento a señores laicos y eclesiásticos del derecho de acuñar su propia moneda. La variedad de cecas y de especies monetarias se hizo caótica en el siglo XIV.



Pago a los asalariados del ayuntamiento. Tablilla de Siena, siglo XV.

La gran prosperidad del siglo XIII permitió que se repusiera en el Occidente europeo la acuñación de la moneda de oro. Un factor que coadyuvó a ello fue la desviación de la ruta del oro de Malí (que se concentraba en Sijilmasa) a la ruta del Sahara medio que pasaba por Hoggar y que llegaba con más facilidad al sur italiano.

Aunque al avanzar con la conquista cristiana Alfonso VIII de Castilla había acuñado en una ceca musulmana (año 1175) maravedíes de oro cristianos, esta moneda sólo tuvo una importancia restringida por los factores económicos de su propio reino. Más importancia tuvieron las acuñaciones de oro de Federico II en Sicilia, los augustales. Pero las monedas que respondían realmente a las necesidades del mercado fueron los florines de oro de Florencia y los genovinos de Génova (1252), así como los ducados de Venecia (1248).

Pese a estos progresos el problema de la moneda fue durante estos siglos un freno para el pleno desarrollo de la economía con mercados a larga distancia.

La penuria de monedas fue reemplazada en parte —y aprovechada también en parte— por quienes disponían de capital acumulado considerable: los banqueros (llamados en principio así porque ejercían su oficio sobre un simple banco) y la Iglesia. Esta había condenado por siglos la usura y el préstamo a interés, pero desde fines del siglo X, al menos, tenemos noticia de que hacía préstamos usurarios tanto a pequeñas gentes como a reyes y señores. Frecuentemente ambos tipos de prestamistas —entre los primeros debemos incluir a

los judíos, quienes en los siglos anteriores parecían ejercer en exclusiva esta actividad— tomaban como garantías de sus préstamos propiedades inmuebles, sistema por el que fueron ampliando su poder.

Los Caballeros Templarios también eran importantes banqueros y a fines del siglo XIII prestaban dinero, procedente de la recaudación de impuestos papales a los reyes de Francia e Inglaterra.

Fueron justamente los reyes quienes más se endeudaron con los banqueros prestamistas, debido a sus guerras principalmente, pero eran malos pagadores, morosos e incumplidores; apoyaban esta actitud en su poder y en su capacidad para dar y quitar prebendas y beneficios a nobles y a ricos banqueros.

La banca en estos siglos era una actividad relativamente sencilla y bastante arriesgada. Valga como ejemplo de esto la historia de las primeras grandes familias de banqueros florentinos, los Bardi, los Acciaiuoli y los Peruzzi. Fueron las primeras compañías familiares de banqueros y quebraron rotundamente cuando la crisis del siglo XIV, acompañando a la crisis general de la sociedad.

Cabe preguntarnos si podemos hablar, para estos siglos, de la existencia de una «revolución comercial» como han hecho varios historiadores de las ciudades y del comercio medieval.

Pensamos que se pueden dar dos respuestas en parte contradictorias. Por un lado, resulta evidente que la existencia de una cierta acumulación de capitales no produjo ningún *capitalismo*, no se for-

mó un nuevo sistema, se activó, diríamos, el feudalismo, que incluyó, lo repetimos, estas actividades.

Y si es innegable que grandes áreas europeas se conectaron y entraron en circuitos comerciales

y monetarios, es también innegable que muchas zonas, diríamos que la mayoría de ellas, quedaron ligadas a pequeños mercados de aldeas o de villas, con escasa o nula permeabilidad a los productos de gran comercio y a las monedas de gran valor. □

* Reyna Pastor es Profesora de Investigación del Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid.